

RESEÑAS

GUY HERMET, *Culture et développement*, París, Presses de Sciences Pô, 2000, 181 pp.

Verdadero desafío al juicio de intención realizado desde hace varios años en contra de la noción de cultura –vinculada a la idea de una predestinación nefasta que encadena a los pueblos y detiene su evolución–, *Culture et développement* busca reinstaurar el nexo prohibido entre el desarrollo de una región y su contexto cultural. En este sentido, Guy Hermet no hace sino sumarse al espíritu que impregna la nueva filosofía que preconizan las grandes agencias internacionales de desarrollo. Presionados por sus magros éxitos, esos banqueros del desarrollo, cuya insensibilidad ante los fenómenos sociales era legendaria, han reaccionado desde principios de los años noventa y han enriquecido sus fríos y abstractos parámetros económicos con componentes sociales y culturales.

El cambio copernicano de actitud del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo, así como el foro que organizó este último en París (los días 11 y 12 de marzo de 1999), sirven de pretexto a Guy Hermet para ubicar históricamente esta nueva visión del desarrollo, precisando sus aportes y señalando sus retos y problemas. Recuperando algunas de las propuestas emitidas por varios de los ponentes de ese foro, *Culture et développement* es sin embargo el producto de una reflexión personal y crítica del autor que, empapado en esta problemática por su larga participación como vicepresidente de Médicos sin Fronteras, busca señalar los desafíos que acompañan esta nueva visión y proponer algunas alternativas conceptuales y metodológicas para que no caiga en los mismos errores que sus predecesoras.

Tres grandes partes ordenan esta reflexión. Revisar las grandes ideologías que desde los años cuarenta han desfilado en América Latina con promesas de desarrollo (y, a veces, de participación), y detectar las causas de sus fracasos estrepitosos, constituye la base para que Guy Hermet pueda estudiar, luego, los vericuetos del nuevo “paradigma” que guía hoy en día a las agencias internacionales de desarrollo. Interesado en proponer definiciones y recetas metodológicas a estos “desarrolladores” para que integren

de manera pertinente el contexto cultural y propicien una verdadera participación de los pueblos, Hermet advierte en la tercera parte que “desarrollo y cultura” es un binomio cuyos términos se conjugan también al revés: el agente cultural es, por su lado, promotor de un desarrollo “bien comprendido”.

La primera parte de *Culture et développement* examina con severidad el conjunto de creencias, de principios y de actitudes que han fundamentado en América Latina las representaciones y las prácticas económicas de una manera tan rígida que se han impuesto sucesivamente como modelos dominantes. A pesar de sus diferencias, el desarrollismo, las teorías de la dependencia y el neoliberalismo comparten dos rasgos fundamentales: se han sustituido en el tiempo de manera brutal, sin recoger los aportes de sus predecesores por hacer del pasado *tabula rasa*, y han puesto el acento sobre el desarrollo (considerado como crecimiento económico), olvidándose de fomentar la participación de los pueblos (subrayando el macrodesarrollo, han ignorado las especificidades locales y las demandas de las poblaciones). Al revés, los populismos –con todas sus variantes– buscaron otorgar prioridad a la participación popular, desplegando de manera artificial un desarrollo que nunca lo fue.

Todos estos modelos han fracasado rotundamente en sus ambiciosas pretensiones: no sólo no fomentaron el desarrollo ni la participación sino que, peor, mientras unos (desarrollismo y populismos) han provocado un déficit enorme del sector público (con un endeudamiento gigantesco de todos los países latinoamericanos) y la pasividad de la población y de los diversos actores económicos (populismos), el otro (el neoliberalismo) ha logrado la hazaña de acrecentar con sus planes de ajustes estructurales estandarizados las desigualdades sociales en países en donde ya eran de por sí bastante notables.

De alguna manera, esos esfuerzos no han servido sino para propiciar el desarrollo del subdesarrollo.

Los múltiples fracasos de las doctrinas del desarrollo y, en particular, del “reduccionismo economicista” han encaminado a las agencias internacionales a redescubrir la importancia de la cultura de una comunidad y de su concurso para instrumentar un proyecto de desarrollo. La crisis del pensamiento económico se concretó primero con el nuevo indicador que el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo aceptó en 1990: el IDH (indicador de desarrollo humano, de Mahbub ul Haq), que enriquece el producto interno bruto al tomar en cuenta, además del ingreso per cápita, parámetros tales como la esperanza de vida y el nivel de educación logrado por cada país. Más allá del crecimiento de los flujos de producción, también integra elementos que traducen una mejoría tangible del modo

de ser de las poblaciones marginadas (sustentándose en la promoción de mayor justicia social e igualdad económica).

Sin embargo, aun cuando, en este contexto, la noción de cultura ya no aparece como la matriz intocable de comportamientos inmutables referidos al pasado, no deja de plantear varios problemas. Concepto ambiguo, es además poco pertinente en un contexto de evolución tan rápida como el actual. Para enfrentar esta dificultad, Hermet propone adoptar el concepto de "capital social". Sin otorgarle una definición exhaustiva, al utilizar este concepto el autor refiere la calidad de la participación y la solidaridad de una comunidad cuyos miembros cooperan por la confianza que reina entre ellos y hacia sus propias autoridades. Para responder a este reto –respetar el capital social y recuperar la confianza de la población para buscar su participación–, Hermet propone establecer la "topografía cultural e institucional" de dicha población, es decir precisar la matriz de los valores, de los comportamientos económicos y sociales y las relaciones de confianza o de desconfianza que la caracterizan. Esta "topografía" –que siempre es peculiar de la comunidad estudiada– debería permitir al "desarrollador" sembrar con tino y en lugar apropiado los fermentos de la confianza y de la participación, y detectar a los adversarios potenciales del proyecto de desarrollo mediante tácticas hábiles.

Pero allí no se acaba la interacción entre cultura y desarrollo. Si los programas de desarrollo requieren de las manifestaciones culturales, al revés, los actores culturales también son promotores de desarrollo. Tal es la lección que propone la tercera parte del libro. Mientras el rescate del patrimonio (monumentos del pasado, etc....) ayuda a restaurar la autoestima de aquellas poblaciones en cuanto a su capacidad creativa, las industrias culturales por su lado poseen un poder educativo que sería estúpido subestimar o desaprovechar. Más que atacar las formas en que operan las nuevas formas de comunicación, urge intervenir en los contenidos indispensables de preservar. En opinión del autor, aquéllos son los medios esenciales para que América Latina tome en sus manos su propio desarrollo y no se convierta en el teatro de la videoesfera triunfante, con millones de pobres saciados con una felicidad virtual en redes. Finalmente, en contra de la actuación de muchos "desarrolladores" que tienden a menospreciar el Estado, es necesario dar un nuevo lugar a este intermediario irremplazable para llevar a buen término acciones de desarrollo.

Por interesante que sea la propuesta, surgen sin embargo muchas dudas e interrogantes. Para empezar, la premisa fundamental del libro no ha sido bien asentada: la dimensión cultural del desarrollo queda más como hipótesis, incautación y voto piadoso que como realidad fehacientemente demostrada. Por otro lado, en el "discurso sobre el desarrollo", ¿no se per-

seguirá, con la introducción de la dimensión cultural y la noción de capital social, el mismo objetivo de las retóricas anteriores nada más que en forma encubierta, esta vez, con un lenguaje más sutil? Esas preguntas son las que el mismo Guy Hermet plantea sin brindarnos una respuesta convincente. Por otro lado, la receta metodológica de “una topografía cultural e institucional” queda como una propuesta demasiado vaga para ofrecer alguna utilidad práctica: el lector se hubiera beneficiado de ejemplos más precisos sobre la manera de elaborarla. Tampoco aborda el autor el problema crucial de esta topografía cuando se actúa en un medio de total hibridación cultural. ¿Cómo reconocer los valores previos, los injertos y los efectos perversos que han creado estos injertos? Finalmente, cuando Hermet invoca una nueva pedagogía escolar que brinde a los alumnos las herramientas para absorber inteligentemente los contenidos de la información que vehiculan las industrias culturales, confiesa desconocer las recetas de esa pedagogía renovadora.

A pesar de estas reservas, *Culture et développement* es un libro que sin duda despertará el interés del lector latinoamericano: resume, propone, critica, abre puertas y ofrece propuestas. No sólo obliga a reconsiderar la cuestión cultural en sus vínculos con las acciones desarrollistas, también ahonda en la necesidad de rescatar la particularidad de cada situación y, sobre todo, evade falsas creencias y mitos subrayando con creces que no basta aceptar el valor de la cultura en una acción de ayuda al desarrollo sino que es imprescindible reconocer el carácter relacional del capital social. Más que referirse a lo que una población posee para movilizarlo, fingiendo la participación, el capital social subraya la calidad de la relación mutua que “desarrolladores” y “desarrollados” deberían mantener, así como la necesidad de reinventar la relación en cada nueva operación.

Quizás una de las principales lecciones que *Culture et développement* ofrezca a esos banqueros del desarrollo sea la invitación a no creer que su cambio de filosofía se agota con un cambio de retórica, con lo cual podrían seguir promoviendo recetas generales, abstractas y aplicables en dondequiera –las cuales deshumanizan y no hacen sino perpetuar el subdesarrollo. Al revés, para que cobre su plena eficacia, la reintegración de la dimensión cultural debe mover a rescatar las peculiaridades de cada situación, cada región y cada actor.

ISABELLE ROUSSEAU